CANTO CUARTO.

INCERTIDUMBRE Y TEMOR.

No suspendas el paso, caminante,
Prosigue, mira solo y considera
A los reflejos de esa triste hoguera,
Cuánto pudo la muerte en un instante.
Y mientras buscas con teson constante
El término feliz á tu carrera,
Una noticia te daré severa
Que á tolerarla no serás bastante.
A tu patria verás anochecida,
De su mejor adorno despojada,
Y entre lágrimas pobres sumergida:
Hallarás con congoja dilatada
Honor, riqueza, calidad y vida,
En polvo, en humo, en ilusion, en nada.

GERARDO LOBO.

CANTO CUARTO.

INCERTIDUMBRE Y TEMOR.

¡Oh notable desconcierto!
¡Que en tormentos tan esquivos.....
.....
No borran tres hijos vivos
El dolor de un hijo muerto!.....
Mas vengo á considerar,
Hoy en nuestro ingrato sér,
Que no se sabe estimar
Tanto en el mundo un placer,
Como sentirse un pesar.

CALDERON DE LA BARCA.

¿A dónde, á donde vá!.... todos preguntan,
Sobrecogidas de terror sus almas:
¡Ah! tal vez falta la razon y juicio,
Errante y sola por los montes vaya!....

¡Ha padecido sobre el mundo tanto!....
¡La muerte un tiempo se cebó en su casa;
Y en este instante de dolor acerbo
Tambien le roba cuanto el pecho amara!

No le quedaba sobre el triste mundo
Valle de penas donde el hombre viaja,
Mas que esa jóven como el sol hermosa,
En quien su dicha y su placer cifraba.

¡Ah! cuán veloces por el ancho suelo
Del hombre triste las venturas pasan!
Apenas mira su esplendor divino,
Cuando cual humo se disipan raudas.

Bajo el azul del trasparente cielo,
Breve es el bien, y la amargura es larga;
Que solo hay penas de la patria lejos,
Y es la alta gloria del mortal la patria.

Cuando la copa á los sedientos lábios
El hombre acerca del placer que halaga,
Las heces bebe que en el fondo oculta;
Prueba el placer, y la amargura traga!....

¡Sara infeliz! ¡desventurada madre!....
Ella que en su hija su placer cifraba,
Cuando vivir sin padecer creia,
La horrenda pena su puñal le clava.

No le quedaba sobre el triste mundo
Mas que María en su desdicha amarga,
¿Cómo podrá sobrellevar su pérdida?....
¡Madre infeliz!.... ¡inconsolable Sara!....

¿Quién de ese cielo que radiante brilla
Como ella el premio mereció y la gracia?....
¿Quién mejor que ella sobre aquel que sufre
El óleo vierte en las profundas llagas?....

¿Quién á la ley del Salvador Divino
Como ella fiel se presentó y esclava?....
¿Y quién como ella divinal consuelo
Sabe verter sobre las tristes almas?....

Ella en el templo con las santas viudas
Sus tiernos ruegos al Señor levanta:
Ella con todos los que lloran, gime,
Porque de todos el dolor le alcanza.

Ella en la choza del mendígo triste
Los bienes deja que el Señor le alarga;
Mas ¡ay! sobre ella sin embargo, cielos,
Tormentos pesan que su pecho rasgan.

Si de esta suerte en el funesto mundo
Tratar miramos á la dulce Sara,
¿Qué deberemos esperar nosotras,
Que entre deleites nuestras vidas pasan?....

Decian tristes las hermosas jóvenes
De la feraz y pintoresca Rámla
Que nuevas eran en la ley de Cristo,
Y que dudosas en la fé aun estaban.

De nuestros padres era el Dios mas justo
Que nuestro Dios á quien amar nos mandan,
Porque premiaba ó castigaba á todos
Segun sus obras, con prudencia sábia.

Solo al malvado y al perverso impios
Con fuertes penas y rigor trataba....
¡Ah! por qué infieles aquel Dios dejamos?....
El de nosotros con amor cuidara....—

Las santas viudas que tambien llorando
De ellas al lado con dolor estaban,
Mas que eran firmes en la ley de Cristo,
Las respondian de la fé impulsadas.

Del Sér Eterno los caminos todos
Están ocultos al mortal, hermanas;
Y sus designios de infinita ciencia,
¿Quién saber puede cuando somos nada?....

Ante El postrados oracion hagamos:
Dios es quien es, y el que gobierna y manda:
El que ha formado cuanto el hombre mira:
El que hizo el sol y las estrellas cándidas.

La eternidad con su potente mano
Que fin no tiene ni principio, abarca;
Y el rayo ardiente encadenado duerme,
De fuego henchido, á sus divinas plantas.

El sol fecundo y el hirviente océano,
Los dos gigantes que en mundo se alzan,
Mostrando el uno la inquietud del hombre,
Y el fuego el otro con que Dios nos ama.

Sumisos ambos á la ley suprema,
Sus lindes nunca donde están traspasan;
Y hasta que rompa el Hacedor sus ejes,
Siguiendo irán su imperturbable marcha.

¿Y á qué mirar como rigor injusto
De un sér la muerte que vivió sin mancha?....
¿No es un favor que bendecir debemos,
El ir del mundo al celestial alcázar?

¿Pudiera el hombre á la infeliz María
De eterna dicha y de placer colmarla?
No: que mal puede derramar la dicha
Quien llora y sufre y de gemir no acaba.

Solo hay un bien; el Hacedor Supremo:
Solo una vida; la que en Dios se alcanza:
Un premio al justo; el refulgente cielo:
Un fin al mal; la muerte despiadada.

Para alcanzar tan inefables bienes,
Del mundo Dios nos arrebata el alma,
Que es mar de llanto y de miseria el suelo
Donde el mortal como reptil se arrastra.

Tomemos, pues, cuanto el Señor envía,
Como un tesoro de pureza intacta;
Y como un bien de inestimable precio
Suframos fieles la desdicha amarga.

—Del Salvador tan solo los discípulos
Sufrir debieran por que á Dios miraban;—
A repetir las inocentes jóvenes
Volvieron luego derramando lágrimds.

Ellos al lado del Señor del mundo,
Milagros vieron que entusiasmo causan;
Milagros mil que con su luz fulgente
La duda vil del corazon arrancan.

¿Mas respondernos con razon quién puede
Que hemos obrado con acierto y gracia,
Al Dios de Abraham abandonando infieles
Por quien murió sobre la cruz sin mancha?....

—Almas sin fé que alimentais la duda,
Las respondian las que en Dios pensaban,
¿Dais al olvido los milagros tantos
Que del Mesías la venida marcan?

Llenos de asombro nuestros padres vieron
Esos milagros que el cristiano acata:
Esos milagros de que muchas fuimos
Tambien testigos por su inmensa gracia.

Muchas que aquí nos encontramos juntas,
De hambre espirantes, ateridas, flacas,
De nuestras madres á los secos pechos
Ibamos tristes con afan colgadas.

Cuando el Señor multiplicó los panes
Con asombro del mundo en la montaña:
Milagro santo que el Señor tan solo
Hacer pudiera para dar la calma.

Bastó de Dios la voluntad suprema
Para que el pueblo fiel se sustentara,
Pueblo que ansioso le siguió tres dias
De oir hambriento su eternal palabra.

¿Y tantos muertos que tornó á la vida?....
¿Y los enfermos que á su voz sanáran?....
¿Y tantos ciegos de la luz privados
Que á ver volvieron por su inmensa gracia?....

¿Y del Tabor las maravillas muchas
Que asombro al mundo y á los siglos causan
Y su feliz resurreccion divina,
Para vosotros, responded, son nada?.....

¡Ah! la mision del Salvador sublime
Propia es de un Dios que á los mortales ama;
Y la vil muerte que en la Cruz recibe
Solo un Dios puede soportar con calma.

"Perdónalos, Señor." pronuncia amante,
Cuando las manos y los piés le clavan....
¿Quién si no un Dios por sus verdugos mismos
Pide en el punto que su cuerpo rasgan?.....

¡Ya titubeais en vuestra fé divina!.....
¡Dudais del Sér que su bondad derrama!.....
¡Juzgais injusto al que vertió su sangre
Para lavar nuestras inmundas manchas!.....

—Esos prodigios que creeis vosotras,
Las respondian las que duda hallaban,
Los han mirado vuestros dulces ojos,
Cual vuestros lábios de contar acaban.

Pero nosotras en el triste mundo,
Valle de penas, de dolor y lágrimas,
¡Ay! ¿qué hemos visto por desdicha nuestra,
Sino tormentos y miserias hartas?.....

—¡Oh! descendencia de Israel grosera
Que con tus dudas al Señor ultrajas!
¿Coja en tu fé te mostrarás por siempre?
¿La duda siempre ha de existir en tu alma?.....

¿No has de creer en el Autor del mundo
Si á tus sentidos con milagros no habla?.....
¿Si ante tus ojos sin cesar no muestra
Mil maravillas que tu error deshagan!....

Oremos todos con fervor al punto,
Para que Dios su celestial mirada
Tienda de amor sobre su pueblo ingrato,
Y le perdone su ignorancia crasa.—

Y vuelve á alzarse el agradable incienso
De la oracion junto á la muerta helada:
Y vuelve el himno á resonar de nuevo
Al llanto unido que los ojos lanzan.

La noche en tanto entre los negros pliegues
De su negro crespon se deslizaba,
Y en el mudo reloj de triste arena,
Las horas iban descendiendo rápidas.

Las altas cimas de los anchos montes,
El sol al lejos con su luz halaga,
Y la cigüeña su cabeza hermosa
Alzaba atenta resbalando el ala.

Del astro rey á los ardientes rayos
La luz se eclipsa de las dulces lámparas;
Y á cortos ratos de silencio lúgubre,
Del gallo el canto con pavor se alzaba.

—¿Qué ha sido, cielos, se decian todos,
Qué ha sido, cielos, de la triste Sara?.....
¿Nos ha dejado para siempre acaso,
O á ver á su hija volverá á esta estancia?.....

—En cuanto logran alcanzar mis ojos,
Dijo un mancebo de presencia grata,
Nada se mira de Jepé en la senda,
Y el viento duerme, como el mundo calla.

Getira entrando en el instante, dijo:
—Solo está el llano entre las sombras pardas,
Por ancho velo de neblina oculto
Que ver impide lo que dentro guarda.

Rumor ninguno su quietud altera:
Puse el oido sobre el suelo cauta;
Y nada llegué á oir, y ciertamente
Notado hubiera la menor pisada.

Con piés veloces de cruzar tan solo
Una gacela por el llano acaba;
Mas sér ninguno racional se mueve
En el camino en que se espera á Sara.

¿Qué hacer debemos?....prosiguió afligida:
¿Qué hacer debemos, mísera Anastasia?.....
De nuestra amiga el delicado cuerpo
Para al sepulcro conducir reclaman.

¿Quiéres que fin á las exequias demos
Antes que vuelva la afligida Sara?.....
—No: de una madre es el deber sagrado:
Piedad tengamos de la pobre anciana.

¡Quién sabe á dónde su delirio ardiente
Le habrá llevado y su desdicha amarga!...—
Y los que entierran, de esperar cansados,
Murmuran viendo lo que en torno pasa.

—Getira, oremos: el Señor es justo,
Y El nos oirá desde su santo alcázar:
Roguemos, ¡ay! por la afligida madre
Que aquí dejó cuanto en el mundo amaba.

No tardará: mi corazon me anuncia
Que hemos de ver á la infeliz anciana:
Cumplamos, pues, con el deber de amigos,
Su órden gurdando sin faltar en nada.

CANTO QUINTO.

UN MINISTRO DEL SEÑOR.

Volved, volved á templaros,
Pues ya rendida me veis:
Llanto tengo en que os bajeis,
Cabellos para limpiaros.
No, no podeis escusaros,
Que á Magdalena por ellos
Volvisteis los ojos bellos,
Y estos os han de vencer,
Pues he llegado á cojer
La ocasion por los cabellos.

AGUSTIN MORETO.